

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOSIER: POLARIZACIÓN PERNICIOSA, DEMOCRACIA Y POPULISMO
COEDITORES: CLAUDIO RIVEROS Y ALEJANDRO PELFINI

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Del populismo como amenaza a la amenaza populista, crónicas de un destino anunciado. Diálogos necesarios entre la teoría política y la socio-historia

From Populism as a Threat to the Populist Threat, Chronicles of an Announced Destiny. Necessary Dialogues between Political Theory and Socio-History

Edgardo Manero

Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales y Centre National de la Recherche Scientifique (Mondes Américains), Francia

Resumen

Alteridad negativa de una concepción del mundo gestada a partir de la democracia representativa y de una determinada forma de la economía de mercado —la neoliberal—, los neopopulismos contestatarios latinoamericanos reintrodujeron el tema del conflicto y la consecuente perennidad del antagonismo en lo político y, con ello, el sentimiento y la designación de la amenaza. En la América Latina del desorden global, no se trata solamente de una alegoría o de un recurso discursivo. La dimensión estratégica del populismo se revela no solo en la multiplicidad de conflictos socio-políticos con los que se lo vincula y de los cuales se lo responsabiliza o en su lógica de lo político constitutiva estructurada en la necesidad de definición de un adversario mediante la contraposición del “pueblo” a sus “enemigos”. Se expresa también, sin eufemismos, en la consideración, por parte de Estados Unidos, de los “populismos radicales” como nuevas amenazas. Pensados militarmente, los neopopulismos contestatarios forman parte, a principios del siglo XXI, de una teoría política de la guerra. Ahora bien, si su definición como preocupación “militar” por Estados Unidos se inscribe en un tiempo específico —el del proyecto chavista y su mesianismo revolucionario—, el populismo como amenaza forma parte de una temporalidad larga latinoamericana formateada por la alteridad siempre amenazante de un universo plebeyo.

Palabras claves: populismos, conflicto, América Latina, Estados Unidos, estrategia.

Recibido: 18-04-2022. Aceptado: 03-06-2022



Edgardo Manero es Doctor en sociología por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (Francia) y se desempeña como investigador en el Centre National de la Recherche Scientifique de Francia ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6008-9623>

Contacto: Edgardo.Manero@ehess.fr

Cómo citar: Manero, E. (2022). Del populismo como amenaza a la amenaza populista, crónicas de un destino anunciado. Diálogos necesarios entre la teoría política y la socio-historia. *Revista Stultifera*, 5(2), 125-153. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2022.v5n2-06.

Abstract

Antiestablishment Latin American neo-populist movements represent a form of negative alterity for a certain conception of the world, which was born out of the representative democratic system and specific kind of the market economy: the neoliberal. These movements reintroduced the issue of conflict and its consequent perennial nature of antagonism in the political; and with this the feeling and designation of threat. In the Latin America of global disorder, this is neither an allegory nor a discursive resource. The strategic dimension of populism not only reveals itself in the multiplicity of socio-political conflicts to which it has been linked, and for which it has been made responsible; or in its logic of the political structured around the need to define an adversary by opposing “the people” with their “enemies”. It also expresses itself, without euphemisms, when the United States regards “radical populisms” as new threats. Considered in military terms, at the beginning of the 21st century, the antiestablishment neo-populism is part of a political theory of war. However, if its definition as a “military” concern by the United States circumscribes to a specific time—that of the Chavist’s project and its revolutionary messianism—, populism as a threat is part of a long Latin American temporality that has been shaped by the always threatening alterity of a plebeian universe.

Keywords: populism, conflict, Latin America, United States, strategy.

El desencanto con la democracia ha puesto en primer plano la cuestión de los populismos, interpretándolos como una amenaza a la misma. La alegoría “militar” es largamente empleada. Así, M. Vargas Llosa (2017, p. 7) sostiene: “el comunismo ya no es el enemigo principal de la democracia liberal —la de la libertad—, sino el populismo”. En 2020, en el marco de pandemia, M. Macri advirtió sobre un peligro aún más importante: el populismo. Esta concepción que se inscribe en la tradición de condena del populismo por el discurso dominante, denunciada por E. Laclau en *La razón populista* (2005), trasciende la política partidaria y el clivaje izquierda-derecha para impregnar la vida social, del periodismo a las ONG. Transnacional, el término “amenaza” es empleado tanto por “progresistas”¹ como por “libertarios”.² Las ciencias sociales no escapan a este léxico, como lo evidencian los títulos de los trabajos de J-W. Müller (2016) y de Y. Mounk (2018).

Progresivamente, la percepción de una amenaza populista se globalizó. De América Latina se expandió hacia Europa, borrando el hecho

que los movimientos demonizados se basan en representaciones y prácticas políticas diferentes. El carácter amenazante termina participando de un denominador común, tal vez el único, que alimenta la indefinición y la inconsistencia en el uso del concepto, síntoma de la dificultad para nombrar fenómenos políticos en curso. Ahora bien, si nada logra unificar la aprehensión de los populismos, existe un rasgo, central en su percepción como amenaza, que los diferencia profundamente: el conflicto. Su concepción es relevante en la comparación entre los disímiles movimientos denominados “populismos”. Clarificar los significados del conflicto, en cuanto núcleo de sus representaciones y prácticas políticas, puede ser útil para entender las diversas manifestaciones o variantes que los fenómenos calificados de esta forma han asumido en el curso del tiempo y el espacio (Manero, 2019).

Como sugiere Schmitt (2012), la ordenación del territorio sería el acto que funda una comunidad política. La relación con el espacio tendría una dimensión políticamente constituyente; no existirían ideas políticas sin un espacio al cual sean referibles, ni espacios a los que no corresponden ideas políticas. Como en otras geografías, pero por razones muy diferentes, en América Latina el populismo se instituye, en términos políticos, como una alteridad amenazante para una determinada concepción de la vida pública, estructurada no solo en torno a la democracia representativa, sino también a la forma hegemónica que toma la “economía de mercado” en el desorden global: el neoliberalismo.

A nivel global, si los llamados fenómenos populistas pueden compartir el aparecer actuando en detrimento de las instituciones “democráticas” o “republicanas”, pocos han dado forma a algún tipo de cuestionamiento de un “orden” en última instancia “social”, uniendo la crítica a la democracia representativa al cuestionamiento del funcionamiento del modelo de acumulación capitalista bajo forma liberal. El generar un sentimiento de amenaza entre los sectores medios y las élites tradicionales, es decir, las “oligarquías” de los discursos populistas, es una característica de los procesos latinoamericanos que los vuelve específicos en términos de conflicto social.

Expresando “subversión” frente al orden social constituido desde el final de la Guerra Fría en torno al Consenso de Washington, los populismos latinoamericanos recuperaron, tras un período donde el término fue asociado a experiencias neoliberales —en los años 1990, el concepto era

empleado para referirse a C. Menem, A. Fujimori y F. Collor de Mello (Weyland, 1996)—, la dimensión amenazante que había caracterizado a experiencias de la inmediata post-guerra, como el peronismo originario, adquiriendo, por consiguiente, dimensión estratégica.

Desde finales del siglo XX, el retorno del populismo ha tenido implicaciones securitarias participando de la percepción de la amenaza. De la mano del conflicto, en América latina el populismo es en sí mismo un hecho estratégico, tanto a nivel nacional como internacional. En este sentido, su espectro acecha al continente; no solo aparece tras cuestiones diferentes como el aumento de la conflictividad social, las disputas fronterizas entre Ecuador, Venezuela y Colombia o la presencia de potencias extra-regionales como China y Rusia. También inspira y genera herramientas políticas —y geopolíticas— tradicionales como demonización de movimientos sociales, golpes de Estado o secesionismo.

En este marco buscaremos, desde una perspectiva histórica, resaltar a partir de las representaciones y prácticas políticas y estratégicas estadounidenses las percepciones de los movimientos neo-populistas contestatarios latinoamericanos (Manero, 2010), en particular del chavismo, subrayando los fundamentos de su institución en alteridad amenazante a partir de la relación con la democracia liberal y la economía de mercado. Si, desde finales del siglo XX, la cuestión de los populismos atraviesa las ciencias sociales y la política en Occidente y su extremo, su dimensión geopolítica y los aspectos *securitarios* han sido poco abordados.

La institución del populismo en amenaza se observa claramente en las políticas de seguridad de Estados Unidos destinadas a la región. En sus representaciones estratégicas, movimientos sociales contestatarios del neoliberalismo definidos o vinculados con lo que denominan “populismo” constituyen amenazas a contener para evitar que se difundan. Bajo los gobiernos de G. W. Bush, ese carácter amenazante no solo se expresó sin eufemismos, sino que también fue conceptualizado. La crítica dirigida a ciertos procesos sociales latinoamericanos mediante el empleo del término “populismo” caracterizó su política regional.

La amenaza “castrochavista”

A principios del siglo XXI, América latina inició cambios sociales y sus principales manifestaciones, unificadas bajo el nombre de “populismo”, se convierten para Estados Unidos en un desafío de seguridad regional.

Instituyéndolo como una amenaza evaluada en términos militares, Estados Unidos situó la cuestión del populismo en el debate estratégico regional. Se trata de un cambio de escala en su percepción. Considerándolos como “populistas radicales”, Estados Unidos percibe estos movimientos como “nuevas amenazas”, participando de un tipo de conflicto característico del desorden global estructurado en torno a la desestabilización. En el marco de la refundación de las doctrinas estratégicas experimentada con el fin de la guerra fría, esta percepción contribuye a la militarización de las cuestiones sociales en curso.

La etiqueta designa una amenaza política de nuevo tipo. Si, al igual que el comunismo, el populismo contestatario como alteridad política es inseparable de la desconfianza hacia ciertas poblaciones, no consigue instaurar un antagonismo con una dimensión similar a la del marxismo durante la Guerra fría. Marginal, la interpretación de los populismos contestatarios latinoamericanos como formas contemporáneas del “comunismo” está enraizada en los sectores portadores de una visión extremadamente conservadora de la vida social. Ahora bien, poniendo en relación el comunismo cubano con el socialismo del siglo XXI venezolano, la amenaza del “castrochavismo” deviene un componente de la política regional. El uso del temor a que se implante el modelo bolivariano aparece condicionando tanto los diversos procesos electorales como la firma del Acuerdo de Paz en Colombia. Sin embargo, la instalación de gobiernos críticos —especialmente el chavismo— no condujo necesariamente a la interpretación mecánica de la escena geopolítica regional a través de paradigmas políticos surgidos de la Guerra Fría, aunque saberes en ella generados sigan operando (Manero, 2020).

La diferencia suele ser presentada como de matices. Mientras que el comunismo impondría un régimen “totalitario”, el populismo evolucionaría gradualmente hacia el “autoritarismo” como lo demostraría el caso de Venezuela. A diferencia del comunismo, que sería un ataque frontal a la democracia, el populismo operaría desde sus entrañas.³ Para sus críticos, el “populismo” se encuentra detrás de una multiplicidad de acciones que desafiaron el binomio democracia liberal-economía de mercado en el continente. Su promoción, particularmente por la injerencia chavista, se percibe como desestabilizadora.

Los movimientos heterogéneos de oposición al neoliberalismo que se desarrollaron en la década de 1990 —desde los articulados en torno de los

“sin tierra” y los pueblos originarios, hasta los militares en ruptura con las representaciones estratégicas transnacionales— aparecen unidos en las representaciones políticas y estratégicas estadounidenses. Sin embargo, el adjetivo “radical” no es suficiente para instituirlos en amenaza, menos aún para otorgarles rango militar. A diferencia del comunismo, el populismo debe asociarse a otros actores disfuncionales.

La denuncia de la confabulación de los traficantes de drogas, de los militares nacionalistas, de las guerrillas marxistas y de los movimientos sociales basados en las poblaciones originarias es un componente de la geopolítica latinoamericana del desorden global. El populismo es puesto en relación tanto con los conflictos sociales que surgen en la región como con las “nuevas amenazas” transnacionales o con los intereses de potencias extrarregionales, participando en la reinstalación de la lógica de la amenaza estatal en la región. Asociado con Estados percibidos como disfuncionales, revela el peso de lógica estadocéntrica y la perennidad de dos componentes fundacionales de la cultura estratégica estadounidense: el *monroísmo* y el *mahanismo* (Manero, 2020).

La idea de una Venezuela disfuncional para la estabilidad regional donde el narcoterrorismo se encuentra con la influencia rusa se mantendrá con fines de política doméstica, incluso en el marco del acercamiento con Estados Unidos resultado de la guerra en Ucrania.⁴ Orientando la crítica al carácter antidemocrático de los populismos, el argumento de la injerencia de Rusia evoca tanto la fabricación de kalashnikovs, permanentemente reprogramada (*Infodefensa* 3/1/2022), como el recurso a la *Dezinformatsiya* que socavaría las democracias.

A las continuas acusaciones de injerencia con respecto a Chávez en los asuntos internos de los Estados, se sumaron las acusaciones sobre sus vínculos con las FARC, los narcotraficantes y el terrorismo islámico. Tempranamente se buscó establecer un vínculo entre el populismo contestatario y la amenaza del narcoterrorismo, elemento central de la agenda securitaria regional en post Guerra Fría. En 1999, el general B. McCaffrey, director de la DEA, hacía referencia a los posibles vínculos de Chávez con narcotraficantes. Esta información fue luego desmentida por la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires (*La Nación*, 28/08/1999).

En Bolivia, desde 2001, circulan rumores sobre la formación de grupos irregulares financiados por Kadhafi, Chávez y los traficantes de drogas, evocando la región Chapare-Yungas como zona de producción de

cocaína bajo la protección de guerrillas y con la colaboración de intendentes del MAS. Estos rumores, que se intensificaron durante la crisis boliviana de 2003, evocan la existencia de campos de entrenamiento, la planificación y el asesinato de agentes de la DEA y la provisión de armas destinadas a los *cocaleros*. La beligerancia de las *Federaciones cocaleras* y el endurecimiento de los conflictos sociales, con el consecuente ataque a propiedades privadas, serían parte de este proyecto (*El Diario*, 22/04/2003).

En Perú, en 2004, el presidente Toledo denunció en diversas ocasiones que los *etno-caceristas* financiaban sus actividades con el tráfico de drogas y la protección de los contrabandistas de madera, vinculándolos con el chavismo. En Paraguay, en particular bajo la presidencia de N. Duarte, las relaciones entre el chavismo y las *Ligas Agrarias* se utilizaron para denigrar cualquier forma de protesta proveniente de los sectores campesinos, asociándolos al narcotráfico y a la acción de las FARC. Los lazos con el *Ejército del Pueblo Paraguayo* son denunciados, involucrando en los planes de desestabilización a otros movimientos regionales como el kirchnerismo (*Primer informe*, 11/3/2021).

El populismo en las representaciones estratégicas estadounidenses

Estados Unidos considera que la influencia del liderazgo continental de Chávez afecta sus intereses.⁵ Por un lado, el chavismo ha sido un factor de aumento de las relaciones de la región con China, Rusia e Irán; sectores republicanos evocaron que buscaba articular un “eje del mal” en la región. Por otro, su prédica impactó en el principal proyecto político estadounidense para la región: el ALCA.

En un informe sobre la situación de la seguridad del hemisferio presentado en marzo de 2004 al Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, el jefe del Comando Sur, el general J. Hill (2004) sostuvo que las amenazas tradicionales se complementan con una amenaza emergente, que podría definirse como un “populismo radical”, que socava la democracia reduciendo los derechos individuales y generando corrupción y clientelismo. Los dirigentes movilizan las emociones y explotan las frustraciones debidas al fracaso de las reformas orientadas a promover el acceso esperado a bienes y servicios, generando un discurso antiestadounidense utilizado para reforzar sus posiciones y desviar la atención de la población. Al igual que la delincuencia organizada y el terrorismo, se nutriría de Estados debilitados por instituciones y

economías frágiles. El jefe militar señaló que, según la OMS, América Latina es la región más violenta del planeta en términos de homicidios por habitante, relacionándolo con problemas socioeconómicos que se profundizan resultado del cuestionamiento de las reformas necesarias. Hill estableció una relación directa entre el populismo como amenaza y elementos centrales de las representaciones estratégicas estadounidenses en post Guerra Fría como la falta de gobernabilidad, los Estados fallidos y la cooperación militar, evocando particularmente los contactos de militar a militar, pieza importante del dispositivo securitario en la región.

Su sucesor, B. Craddock (2005), destacó las prioridades de seguridad en la región y continuó haciendo referencia al populismo como una amenaza. Las relaciones se mantuvieron tensas, exacerbadas por incidentes y disputas no solo retóricas. En agosto 2005, Venezuela suspendió su cooperación con la DEA, alegando actividades de espionaje. Estados Unidos afirmó que estas acusaciones eran infundadas y escandalosas, al tiempo que indicaban que deseaban mejorar las relaciones e invertir la tendencia. El mismo año, la secretaria de Estado C. Rice criticó el populismo latinoamericano, comparando a Chávez con Perón (*La Nación*, 13/05/2005). El paralelismo tenía más de la relación con la democracia que de las similitudes en el discurso antiestadounidense.

Durante un viaje a América Latina, en agosto, el secretario de Defensa D. Rumsfeld también se centró en el peligro que representaba el populismo para la democracia, con especial atención a Chávez. Un funcionario del Departamento de Defensa que lo acompañaba sostuvo: “Un individuo que parecía una figura cómica hace un año se transforma en una verdadera amenaza estratégica” (*The New York Times*, 19/08/2005). El título del artículo es revelador de las representaciones: “*Like Old Times: U.S. Warns Latin Americans against Leftists*”. En este contexto, un estudio del *U.S. Army War College Strategic Studies Institute* considera que los populistas son antidemocráticos, antiamericanos, y constituyen una amenaza para los intereses y la seguridad de Estados Unidos. Según este documento, Washington se preparaba para hacer frente militarmente a toda posible explosión de turbulencias populistas (Ropp, 2005).

En febrero de 2006, D. Rumsfeld comparaba a Chávez con A. Hitler. En abril, el Informe anual sobre el terrorismo del Departamento de Estado denunciaba la interrupción casi total de la cooperación de Venezuela en la guerra contra el terrorismo. El país era definido como tolerante con las

actividades terroristas en su territorio, manteniendo estrechas relaciones con Cuba e Irán, Estados percibidos como patrocinadores del terrorismo. La idea controvertida de un “Estado delincuente” —*rogue state*— es evocada, aunque, en la primera década del siglo XXI, el Departamento de Estado había oficialmente utilizado menos ese término. La percepción del populismo como una amenaza también está presente en la perspectiva del director nacional de Inteligencia del gobierno de G. W. Bush, M. McConnell. En efecto, este señaló al Senado que la tendencia observada en América Latina es la de la consolidación progresiva de la democracia, pero que un pequeño grupo de gobiernos populistas radicales proyectan una visión en competencia con Estados Unidos. En el informe sobre las amenazas que pesan sobre Estados Unidos, McConnell explicó que la persistencia de altos niveles de pobreza y grandes desigualdades de ingresos seguirá creando una audiencia potencialmente receptiva al mensaje del populismo radical. El informe destaca las virtudes de los presidentes de México y Colombia y critica a los de Venezuela, Cuba, Bolivia, Nicaragua y Ecuador.

El populismo radical nunca llegó a instituir como “nueva amenaza” una prioridad militar para el Comando Sur. Si bien el almirante J. Stavridis, jefe del Comando Sur, reiteraba en el marco del relanzamiento de la IV Flota, la preocupación por el terrorismo internacional, la delincuencia, la situación en Cuba y el armamentismo venezolano, señalaba en 2008 que el populismo implica una idea diferente en política y economía, pero no constituía una amenaza militar (*Página 12*, 08/5/2008). El populismo no sería en sí una amenaza, esta surgiría de su radicalización.

Bajo el gobierno de B. Obama, el populismo radical, como concepto, es oficialmente abandonado. Durante la campaña presidencial, Obama sostuvo que usaría la diplomacia para dialogar con H. Chávez, aunque una semana antes de su investidura, afirmaba en una entrevista que Chávez “fue una fuerza que bloqueó el progreso en la región”, expresando su preocupación por las relaciones con las FARC. Chávez criticó estos comentarios, pero luego sostuvo que deseaba restablecer relaciones. Sugirió que un nuevo período, constructivo, basado en el respeto sería posible, pero que dependería de la actitud de Obama. Para este gobierno, la elección de Chávez habría sido democrática pero sus prácticas políticas no lo serían.

En la V Cumbre de las Américas, en Trinidad y Tobago en abril 2009, se reunieron ambos presidentes. El regreso de sus embajadores anunciaba una mejora de las relaciones. Ahora bien, funcionarios estadounidenses

siguieron expresando su preocupación persistente por los derechos humanos o por la injerencia venezolana en otros países, entre ellos Colombia y Honduras, provocando la reanudación de la tensión. Como se desprende de las declaraciones de H. Clinton sobre el tema, Estados Unidos debe preocuparse por sus acciones sin exagerar su carácter de amenaza, desarrollando una agenda para la región en respuesta a las incitaciones propagadas por los gobiernos contestatarios.

Aunque menos importantes que en la época de G. W. Bush, las divergencias continúan. A fines de 2010, Caracas rechazó el nombramiento del embajador de Estados Unidos y, a modo de respuesta, el gobierno estadounidense regresó al venezolano. Con la muerte de Chávez en 2013, el antagonismo toma otra dimensión. Por medio de la denuncia de las violaciones de los derechos humanos, el autoritarismo, la ineficiencia económica y la corrupción, Venezuela es presentada como un Estado fallido; la migración masiva y el aumento de la delincuencia serían la prueba. El relato de la ingobernabilidad se impone, apoyado por políticos, ONG y periodistas. La oposición venezolana cuenta con el sostén de un amplio espacio, que no se reduce a los republicanos reunidos en torno al senador M. Rubio, artífice de las sanciones. Las referencias a Venezuela en las series *Homeland*, *SWAT* o *Jack Ryan* evocan la dimensión tomada por este país en el imaginario colectivo estadounidense. Lo audiovisual expresa las transformaciones que marcan el pensamiento estratégico, en particular el de Estados Unidos, constituyendo un espacio de reflexión, incluso de experimentación, en relación con representaciones y prácticas estratégicas.

En la segunda década del siglo, en la cuestión venezolana se mezclan temas con una importante dimensión geopolítica para Estados Unidos: las relaciones con Cuba, el proceso de paz en Colombia y la presencia de potencias extracontinentales. En marzo de 2015, en el marco de las denuncias sobre la violación de derechos humanos y del Estado de Derecho, Venezuela fue señalada no solo como un país que atenta contra los intereses estadounidenses; es también considerada como “una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior de Estados Unidos” (*The White House*, 2015). Obama declaró la emergencia nacional para hacer frente a esta amenaza (*Le Figaro*, 10/03/2015). Siete funcionarios venezolanos fueron acusados de violación de los derechos humanos; sus visas de entrada a Estados Unidos fueron denegadas y se les aplicaron sanciones financieras. La declaración coloca a Venezuela al mismo

nivel que Siria, Irán o Birmania, constituyendo un primer paso hacia el establecimiento de un régimen de sanciones que se profundizará posteriormente. Sin embargo, destacando la separación de lo político y los negocios que siempre caracterizaron la relación del chavismo con Estados Unidos, ni el comercio bilateral ni las inversiones fueron afectadas. No hubo restricciones a la venta de petróleo.

La crisis entre Caracas y Washington se produjo en el contexto del acercamiento entre Cuba y Estados Unidos, semanas después del anuncio del restablecimiento de las relaciones. La UNASUR denunció la injerencia de Washington. Ante la reacción de los Estados latinoamericanos, Obama envió a Caracas a T. Shannon, que había sido subsecretario de Estado para el Hemisferio Occidental, así como embajador en Brasil. Obama finalmente señaló que Venezuela no constituía una amenaza para la seguridad de Estados Unidos.

La demonización de Venezuela fue concebida a partir de una perspectiva vinculada a la defensa de los derechos humanos y de la democracia, que sugiere continuidades con el caso cubano. Estados Unidos cuestiona la legitimidad de la reelección de N. Maduro, acusándolo de autoritarismo y de violaciones de los derechos humanos; la denuncia de detenciones arbitrarias va acompañada de las de ejecuciones extrajudiciales. Venezuela fue reducida al estatus de una dictadura desarrollando políticas consideradas como una amenaza para la estabilidad y la seguridad de los países aliados del hemisferio y para los intereses de Estados Unidos. Esto establece una diferencia con otros gobiernos considerados populistas, como Ecuador, Nicaragua o Bolivia, evocados como “autocracias” que tienden a radicalizarse. Así, en Bolivia, Morales, siguiendo el ejemplo de Castro, habría restringido los derechos civiles, apoyado a “Estados delincuentes” como Siria, tenido posiciones críticas hacia Israel y boicoteado los intereses estadounidenses. La expulsión del embajador de Estados Unidos y de agencias estadounidenses como la DEA y la USAID es evocada.⁶ Ahora bien, a pesar de la ruptura de las relaciones, Estados Unidos siguió siendo un socio comercial de Bolivia.

La cuestión del chavismo residual como problema estratégico estuvo presente en los debates de la Conferencia de Ministros de la Defensa de las Américas, en octubre de 2016, en Puerto España, profundizándose con el gobierno de Trump. En 2017, el vicepresidente de Venezuela fue acusado por Estados Unidos de tráfico de drogas y blanqueo de dinero (*Le Monde*,

14/02/2017). Venezuela fue uno de los países a los que Trump dedicó más tiempo en su primer discurso en la ONU; formaría parte de regímenes parias que violan los principios del derecho internacional (*BBC News*, 20/9/2017).

En este marco, el secretario de Estado R. Tillerson consideró los populismos como “excepciones lamentables en un hemisferio occidental democrático”, exigiendo una política regional común que favoreciera la democratización. En su gira de febrero de 2018, destacó el “problema regional” de Venezuela y la necesidad de una estrategia hemisférica para restablecer la democracia. La aplicación de sanciones forma parte de la escalada observada desde la llegada al poder de Trump. Tras presionar a los países de la región y a la Unión Europea para que se sumaran a las sanciones, se refirió, inclusive, a una solución militar en una coyuntura donde proliferan gobiernos alineados con Estados Unidos.

La mención de esta posibilidad, aunque fuera un mecanismo de presión, generó protestas en la región, incluso entre los países alineados con Estados Unidos, desacreditando aún más el Grupo de Lima y la OEA. En un contexto en el que los gobiernos de Chile, Colombia y Argentina subrayaron su voluntad de conducir a N. Maduro ante el Tribunal Penal Internacional, en septiembre de 2018, el secretario general de la OEA, L. Almagro, declaró que no se debía excluir una intervención militar para derrocar a un gobierno responsable de una crisis económica, humanitaria y migratoria (*Clarín*, 15/09/2018). Seis países terminaron suspendiendo su participación en la UNASUR, percibida como contrapeso a las OEA. Mirada retrospectivamente, la cuestión venezolana pone de relieve las divergencias de América Latina, pero también las limitaciones de Estados Unidos: Maduro logró mantenerse.

Populismo y contestación política

A principios del siglo XXI, las luchas sociales, así como la experiencia de los neopopulismos contestatarios, en particular la del chavismo, son una referencia para organizaciones políticas y sociales diversas y heterogéneas. Estos movimientos, a diferencia de la izquierda tradicional, no son portadores de una ideología de vocación internacional. Sin embargo, aunque no lo pretendan, por su significado y representatividad tienen un valor “universal”, desempeñando un papel en la contestación transnacional. Lejos de un aislamiento defensivo, estos movimientos buscan afirmar y desarrollar la particularidad nacional, al mismo tiempo que promueven la construcción de redes de comunicación e interacciones transnacionales que

los acercan a sectores antimundialistas. Particularidad de la región, su carácter nacional es compatible con el desarrollo de espacios de resistencia transnacionales. Arraigados en una tradición local, sus posiciones y su concepción del mundo los vinculan a un movimiento a escala global, relacionándose con nuevas formas de canalización de la protesta político-social, como los Foros Sociales Mundiales.

En términos estratégicos, el chavismo adquirió una dimensión mayor. A principios del siglo XXI, Chávez se instituyó como la nueva figura de referencia de la izquierda latinoamericana, apareciendo como el relevo generacional de F. Castro. Su relación con el *líder máximo*, su reivindicación del socialismo, la radicalización de su discurso, sus tomas de posición frente a Estados Unidos y su anti-imperialismo contribuyeron a disminuir la desconfianza en sectores de izquierda debido a su origen militar.

Como en el caso del peronismo en la década de 1970, la adhesión de sectores de izquierda al chavismo reposa en dos postulados. En primer lugar, en su reconocimiento como la forma específica de la conciencia y de las prácticas de las “clases subalternas” en Venezuela. En segundo lugar, en la idea de que toda lucha librada por y con las clases populares debe pasar por el movimiento que las expresa. Desde esta perspectiva, el chavismo se percibe como la forma contemporánea de la identidad popular, un nuevo episodio de la historia de las luchas sociales. Estos argumentos manifiestan el reconocimiento de la particularidad de la sociedad latinoamericana, las diferencias entre las formas adoptadas por los sujetos sociales en la periferia y en los centros, y la inexistencia de clases subalternas en América Latina que puedan manifestar una “conciencia” que responda a los cánones del marxismo clásico. La adhesión reposa no solo en cuestiones ya presentes en el siglo XX; presupone también el reconocimiento de la globalización como una coyuntura que permite la emergencia de un nuevo sujeto histórico y de formas alternativas de conflictividad.

Gran parte de la izquierda latinoamericana se refiere a Chávez sin por lo tanto perder su identidad marxista. Casi todo ese espacio se comprometió con el chavismo en el referéndum de agosto 2004, con la excepción del PS chileno. El proceso venezolano también se convirtió en una referencia para organizaciones de izquierda europeas, de trotskistas —que piden una “revolución en la revolución”— a “soberanistas”. La popularidad de Chávez en el Foro Social de Porto Alegre, en particular en 2005, o su reivindicación

por *Le monde diplomatique* son ejemplos. Los viajes de diversos representantes del pensamiento contestatario a Caracas constituyen una actualización de los viajes iniciáticos en Cuba o en China, propios de la edad de la Revolución.

El chavismo no solo recuperó conceptos propios de la tradición nacionalista continental anti-imperialista; también reintrodujo en la política la idea de “socialismo” y de “revolución” con una connotación positiva, lo que lo hizo inteligible para otras culturas políticas. Los neo-populistas contestatarios latinoamericanos se convirtieron en la vanguardia de la protesta mundial. Constituyeron una fuente de inspiración para un populismo de “izquierda” que consistiría en vincular la movilización antielitista a un proyecto destinado a ampliar o restablecer los derechos de las clases populares. Según esta interpretación, el populismo se reduce a una “ideología” que combinaría valores, temas y retórica propios de las izquierdas con prácticas políticas exteriores a esta tradición. El contexto abierto en América Latina, así como los procesos en Europa, reintrodujeron el debate sobre la noción, con el consiguiente aumento del interés por el análisis comparativo, pero también conceptual.

La emergencia de esta concepción de lo político está vinculada a la redefinición de las representaciones y prácticas de las izquierdas europeas, traumatizadas por las experiencias del socialismo real y de la socialdemocracia, y en ruptura con las demandas de las clases subalternas. En este contexto, la idea de un populismo de izquierda se asocia con un conjunto de experiencias sociopolíticas inasimilables: *La France insoumise* y *Nuit debout*, *Podemos*, *Cinque stelle* o *Syriza*.

El mesianismo revolucionario: razón “objetiva” y “coyuntural” para la percepción del populismo como amenaza

Aunque el chavismo no aspira a la universalidad, es portador de un “mesianismo revolucionario”. La voluntad de influencia ideológica carga el ideal de emancipación del hombre moderno; la libertad se concretaría únicamente en la búsqueda y logro de un propósito colectivo.⁷ A diferencia de los discursos mesiánicos religiosos, el ideal político y la idea de salvación van a la par en el discurso chavista. Este último no mantiene una relación de ambivalencia con la política: su mesianismo constituye el horizonte político de la acción de los hombres orientada hacia la salvación colectiva, y no el principio de una esperanza legitimada en un garante metasocial que va más allá o contra cualquier política mundana; diferencia radical con otras

formas de protesta surgidas tras el fin de la Guerra fría y con las cuales ha sido asimilado. Esta dimensión del proyecto chavista exige considerar las modalidades de las reivindicaciones políticas expresadas en un contexto supranacional, especialmente el liderazgo continental —o presentado como tal— de Chávez, así como su inscripción en un discurso mediatizado de tipo transnacional.

El chavismo inscribe el apego a la identidad nacional en un mesianismo revolucionario de carácter global adaptado a las condiciones de la época, que se caracterizan por la ausencia de una perspectiva revolucionaria a escala mundial. Este mesianismo, como el entusiasmo que lo porta, hereda una idea inherente a los movimientos de transformación modernos, en particular de la Revolución Francesa y de la visión jacobina. El discurso mesiánico se inscribe en la tradición de las empresas seculares que buscan la emancipación política del hombre. Los populismos contestatarios parecen erigirse en herederos de la Convención y de la promesa del 19 de noviembre de 1792, que se comprometía a aportar una ayuda solidaria a todos los pueblos en lucha contra las tiranías. El chavismo está impregnado de una visión final de la historia, inseparable de la relación de los populismos contestatarios latinoamericanos con la liberación social y nacional.

Conformados por el realismo, el desarrollo de ideales solidarios es compatible con el refuerzo de la conciencia nacional y la voluntad de afirmar la soberanía del Estado-nación. Así, en el caso del peronismo, durante la Guerra Fría, el deseo de difundir la “Revolución justicialista” y la “Tercera posición” en América Latina son manifestaciones de ese mesianismo. Perón sostenía que: “La causa del Pueblo argentino es la causa de todos los pueblos que luchan por su liberación en todas las latitudes de la tierra” (Perón, 1974, p. 4).

Como el peronismo originario, el chavismo implicó proyectos de carácter continental desde el Estado. Es en este marco donde es necesario pensar la búsqueda de la expansión de influencia en América Latina a partir de una fuerte propaganda política. El chavismo hizo del mesianismo una cuestión de Estado, constitutiva del “populismo misionero”, si se consideran las misiones sociales financiadas por el Estado venezolano (López Maya y Panzarelli, 2011; Zúquete, 2008) o su voluntad de constituir el núcleo de propuestas de integración regional como el ALBA, apoyando a sus miembros

con subvenciones en exportaciones petroleras, según el acuerdo Petrocaribe de 2005.

El desarrollo de proyectos continentales a partir del aparato del Estado venezolano y la reciprocidad con diversos movimientos político-sociales latinoamericanos dan al nacionalismo de Chávez una inscripción internacional. Esta dimensión constituye un fundamento de la política del presidente venezolano orientada a la búsqueda de un papel en la escena regional. Conducido por un sentido teleológico, la unidad latinoamericana, el mesianismo revolucionario toma dimensión geopolítica. Venezuela trató de desempeñar el papel de articulador estructural en una integración regional contestataria, a través del ALBA y sobre dos ejes: por un lado, la zona Caribe, con Cuba y Nicaragua; por otro, el espacio sudamericano, con Ecuador y Bolivia. El chavismo generó proyectos que, más allá de los resultados, en general decepcionantes, expresan la voluntad de maximizar la autonomía de la región: el ALBA, el sucre como moneda de transacción alternativa al dólar, la reintroducción de Cuba en la escena regional, Petrocaribe, Telesur y el Banco del Sur entre otros.

El proyecto chavista se apoya en una representación multipolar del sistema internacional que da un lugar importante a la cooperación Sur-Sur. La presencia en África es un ejemplo, como lo ilustran las misiones diplomáticas o los acuerdos energéticos con Sudáfrica, Sudán o Cabo Verde. En términos securitarios, Venezuela apostó por instituciones sin Estados Unidos como UNASUR y desarrollo acuerdos bilaterales que introducen una dimensión más geopolítica que ideológica, implicando la presencia de China, Rusia e inclusive Irán, y no solo por la vía de las delegaciones militares o la venta de armas.

El deseo de propagar la “Revolución Bolivariana” en América latina es una manifestación de ese mesianismo necesario a toda definición de revolución. La reciprocidad del chavismo con otros movimientos político-sociales se inserta en la estrategia y en la voluntad de desempeñar un papel en la escena política regional. Chávez inspira figuras como E. Morales, los hermanos Humala, D. Ortega, R. Correa o C. Kirchner y orienta a movimientos sociales, como los *piqueteros* argentinos o los *Ligas agrarias* paraguayos.

Este liderazgo continental se inscribe en un discurso mediatizado, que trasciende las redes sociales, que facilita su difusión. Chávez fue acusado de injerencia en los asuntos internos por su participación en los procesos

políticos, de Bolivia a Nicaragua, pasando por Ecuador y Argentina. Así, las campañas electorales presidenciales del Perú en 2006 y 2011 se desarrollaron en un contexto de enfrentamientos abiertos entre el presidente venezolano y diferentes actores políticos peruanos, en particular A. García. Para una multiplicidad de intereses el proyecto chavista no puede dejar de ser percibido como amenazante.

La perennidad de la cuestión democrática en la percepción del populismo

El recurso a la expresión “populismo radical” refiere al uso creciente del término populismo a principios del siglo XXI. En Estados Unidos, en general, esta interpretación no solo participa de la reducción de la noción de populismo a una ideología adaptable a diversas épocas y lugares, también refuerza su consideración peyorativa, en un país donde, a diferencia de las sociedades europeas, la mirada sobre este fenómeno político es matizada, consecuencia de las huellas del *People’s Party* y su asimilación al progreso social.

El adjetivo “radical” relaciona el populismo con una forma determinada de acción política orientada hacia el cuestionamiento de un orden social construido sobre el binomio democracia liberal-economía de mercado. Los populismos constituyen ante todo un obstáculo para el *enlargement*⁸, concepto indisociable de la configuración del mundo —el *shaping the world*—, que estructura la hegemonía estadounidense en post Guerra Fría. Destinado a sustituir la doctrina del *containment* propia de la bipolaridad, el *enlargement* se refiere a la expansión de la democracia representativa y la economía de mercado, binomio percibido en un juego de suma cero con las economías planificadas y centralizadas —*command economy* según la jerga estadounidense— asociadas al autoritarismo. Esta concepción es tributaria de una tradición anglosajona, primero inglesa y luego estadounidense, que consiste en imponer, a escala mundial, una forma de pensar lo económico. Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha intentado expandir su modelo de producción y consumo de masas, sino al conjunto del planeta, al menos a sus principales asociados (Ellwood, 1992).

Este enfoque forma parte del paradigma de que todo intento de resolución de los conflictos sociales más allá de la sociedad capitalista está condenado al fracaso; de lo cual la teoría del “fin de la historia” anunciada

por F. Fukuyama (1992) es el ejemplo. Se basa en la idea preexistente, anclada en Estados Unidos, de que Occidente ha establecido, desde la modernidad, un modelo de vida ideal para la humanidad, articulado en torno al crecimiento económico, la democracia liberal y los derechos humanos.

El *enlargement* se acompaña de un discurso normativo lo suficientemente persuasivo para ser aceptado globalmente, destinado a promover, como complemento de un modelo político-económico único, un paradigma multicultural que insiste en la promoción de la diversidad sexual, étnica y religiosa. Esta visión no solo es favorable al desarrollo de la economía globalizada, sino también portadora de una concepción de lo político apropiada para la emergencia de una sociedad multiculturalista postnacional. La percepción del populismo está impregnada de una cultura política liberal que reivindica la libertad del individuo ante la sociedad y el Estado. La relación indisoluble del libre mercado con la sociedad libre trasciende las páginas del *Cato Policy Report* o de la Escuela de Chicago.

El populismo, al que se atribuye la responsabilidad de los males de las sociedades latinoamericanas, sería una patología de lo político, el síntoma de un disfuncionamiento social vinculado a dificultades que afectan a la modernización de las sociedades. Reducido a un concepto degradado, es presentado como una especie de perversión de lo político en su relación con las formas convencionales de la democracia representativa, en última instancia, la racionalidad de la política. Asociado con la demagogia, el clientelismo, el chauvinismo, el personalismo, la manipulación, la corrupción y la ineficiencia, el populismo, concebido como una “ideología”, empujaría al autoritarismo, al desorden, incluso a la violencia. La dimensión anti-institucional, así como las pasiones y las emociones, son erigidas en elementos distintivos de las políticas populistas, opuestos a la tradición republicana. La interpretación de la deriva “autoritaria” como un peligro para las instituciones democráticas se reactualiza⁹ incluso cuando no se recurre al término populismo como en el caso de A. Rouquié (2018).

Centrándose en la degradación del Estado de Derecho, en las restricciones a la libertad de prensa, en la dimensión conflictiva de lo político con su consecuente polarización y radicalización y en la expansión de la figura del jefe a costa de las instituciones, “el” populismo es considerado uno de los medios de expresión de movimientos antisistema, expresión

política de la “antipolítica”, que cuestiona no solo el pensamiento neoliberal, sino también el *ethos* democrático.

A principios del siglo XXI, el populismo latinoamericano es inscrito en una tradición que lo describe como una ideología o una doctrina política que se presenta como defensora de las aspiraciones y los intereses del “pueblo” para obtener favores y manipularlo, explotando por la vía emocional las pasiones de las poblaciones. El populismo desarrollaría una visión no solo deformada de la realidad política sino fundamentalmente simplificadora de lo social, ofreciendo la ilusión de soluciones inmediatas —lo que lo diferencia frente a otras opciones— a las demandas de sectores instituidos en portadores de lo “popular”. Las conquistas sociales, características en el caso latinoamericano, se interpretan como regalos electorales y no como expresión de derechos, serían la expresión del oportunismo. Según esta perspectiva, el populismo se reduce a la demagogia y la manipulación.¹⁰

Esta interpretación expresa una desconfianza tradicional ante la movilización social y la participación política; las demandas se perciben solo como individuales formuladas en un mercado: el político. Reivindicadas colectivamente ante el Estado, las demandas sociales alteran, según esta mirada, las libertades económicas y los derechos individuales. No habría relación directa entre apoyo popular y democracia. Lo popular, fundamento de los populismos latinoamericanos, no sería necesariamente sinónimo de democrático. Así, la movilización social y los plebiscitos más que instrumentos participativos manifestación de la voluntad popular son percibidos como prácticas permitiendo legitimar el autoritarismo.

El consenso democrático respondería a otra lógica: institucional y procedimental. Se trata de una concepción de la democracia presente en las críticas de los neopopulismos construida sobre la ciudadanía individual y el voto mediante la oportunidad de participar —eligiendo y siendo elegido— como máxima expresión del individuo en política. El modelo de democracia promovido por el *enlargement*, a la base de la crítica del populismo, reposa sobre una concepción individualista de la comunidad política expresada en la idea de “un ciudadano, un voto”, carente de toda noción de conflicto social.

Si la legitimidad de origen de los neopopulismos puede no ser necesariamente cuestionada dependiendo de la coyuntura —así, en el caso venezolano el juicio sobre H. Chavez y N. Maduro puede ser diferente—, el

“pueblo” invocado por el populismo sería una falacia, dado que no existiría un todo llamado pueblo distinto de los ciudadanos que lo conforman; solo los individuos, con sus intereses individuales, serían una realidad. Para el modelo democrático-liberal el significado del pueblo coincide con la noción de ciudadanía; evoca individuos que, en cuanto actores racionales, gozan de derechos políticos. A pesar de que ambas nociones invocan la soberanía popular como fundamento del orden político, el populismo y la democracia-liberal responderían a concepciones diferentes y antagónicas del pueblo como sujeto político. El populismo porta una visión de lo político basada en una concepción organicista de la sociedad donde la invocación al “pueblo”, en sus diversas declinaciones, refiere, casi inevitablemente, a una noción de identidad colectiva de carácter esencialista. Las naturales divergencias en una sociedad son reinterpretadas resumidas en una visión binaria irreconciliable.¹¹ Lejos de las interpretaciones que consideran el conflicto como constitutivo de lo político, el antagonismo socavaría la democracia.¹²

En las representaciones estadounidenses, son las reglas del sistema representativo asociadas al funcionamiento de la República lo que permite maximizar el consenso de los ciudadanos en el proceso de toma de decisiones. En un marco caracterizado por la dificultad de cuestionar la legitimidad de origen de los regímenes populistas, uno de los criterios que se afianzó para calificarlos de antidemocráticos es el disenso. Contrariamente a la visión “populista”, que tendería según sus críticos a la negación de las diferencias y de las divergencias entre los individuos componentes de la sociedad mediante el reduccionismo esencialista de dividirla en dos campos antagónicos a partir de lo “popular” y lo “nacional”, para la democracia liberal la posibilidad del disenso entre individuos que tienen opiniones e intereses distintos es imprescindible, constituyendo el sustrato de la competitividad aceptada entre adversarios con identidades plurales. Para la sociedad pluralista, equiparada a la sociedad libre, es fundamental la libertad de disentir; para interpretaciones como las J. W. Müller (2016), la esencia misma del populismo es el rechazo al pluralismo. En la medida en que este aspecto es acentuado, parece tratarse de una mirada a lo N. Bobbio (1986) de la relación de la democracia con el disenso y el consenso, característica fundamental de la democracia de los modernos con respecto a la de los antiguos según el pensador italiano; sin embargo, carece de un elemento fundamental de su planteo: aumentar la democracia es combatir el exceso de poder socialmente concentrado.

Para los gobiernos estadounidenses, los neopopulismos expresan una falta de adaptación a la democracia liberal y a la economía de mercado. Serían el resultado del fracaso de las reformas consideradas inevitables para satisfacer las necesidades primarias de la población. Se trata de un discurso de modernización basado en la idea de que el *enlargement* permite salir de la pobreza. La designación, por Estados Unidos, de los “populismos radicales” como una amenaza ilustra la relación entre la esfera económica y la esfera militar en las representaciones estratégicas estadounidenses. Estados Unidos sigue considerando, como en la Guerra Fría, al desarrollo esencial para la seguridad. Las frustraciones causadas por las desigualdades sociales y económicas alimentarían esta nueva “amenaza”. Esta interpretación se inscribe en el marco de uno de los ejes de la estrategia de seguridad nacional (NSS) formulada tras el 11/09, en la idea de que, si la pobreza no engendra terroristas, vuelve los Estados más vulnerables a las redes terroristas y a las organizaciones delictivas cuando ella se combina con instituciones débiles y la corrupción. En 2004, R. Noriega, subsecretario de Estado para las Américas, reconociendo la insatisfacción popular, sostenía que la política de Estados Unidos en la región debía hacer frente a los problemas de la pobreza, el analfabetismo y de la seguridad, proclamando que la democracia y el libre mercado garantizarían una mejor calidad de vida en el hemisferio (*Clarín*, 08/12/2004).

Para los detractores, en el plano económico se expresaría sin ambigüedades la irracionalidad política inherente al populismo. Viejo argumento, las políticas públicas incompetentes agravan los problemas sociales y económicos por desconocimiento de las leyes del mercado. Sobre la ineficiencia de la gestión pública se funda el cuestionamiento de la lógica económica de los populismos contestatarios, inclusive cuando carece de fundamentos como en el caso de E. Morales.

La “irresponsabilidad” fiscal sería la consecuencia lógica del carácter demagógico del populismo y de su tendencia a la redistribución sistemática de la riqueza. La dimensión económica está muy presente en la percepción anglosajona de los populismos latinoamericanos. Según esta interpretación el populismo se reduce a una “ideología” intervencionista anticuada, estructurada a partir de una economía protegida y de un modelo de distribución de los ingresos por medio de medidas públicas, como lo subrayan R. Dornbusch y S. Edwards (1991).

Este enfoque considera al populismo como subordinado a una ineficacia, y es esta dimensión económica, vinculada a un pensamiento heterodoxo “socializante” keynesiano, incluso “marxista”, lo que lo llevaría al fracaso económico. La lógica de este enfoque se observa no solo en la crítica de los partidarios radicales del mercado, para los cuales toda política distributiva, todo proteccionismo, incluso toda orientación “colbertista” serían formas lamentables de populismo. Desde esta perspectiva, cualquier medida que cuestione una determinada concepción del orden económico liberal es calificada de populista y, por lo tanto, asociada al mal gobierno. Las acusaciones de corrupción, fundadas o falsas, afectaron a todas las experiencias neo-populistas latinoamericanas. Movilizadas por la oposición, van más allá de la financiación ilegal de la política, dando forma a nuevas politizaciones sociales a partir de la demanda de honestidad, erosionando el capital simbólico de procesos que habían hecho de la nueva política su bandera.

La nación, como idea moderna, clave de comprensión del populismo como amenaza

El énfasis en la denostación de los “populismos contestatarios” se encuentra en un componente arcaico de la crítica de los populismos que trasciende la percepción estadounidense: la idea de que serían movimientos reaccionarios y antimodernos. El concepto sigue tributario en una interpretación presente desde la génesis de la reflexión sobre los populismos: estos serían la expresión política de la reconstrucción de identidades marginadas por el proceso de modernización. La confrontación con la modernidad occidental produciría conflictos de los cuales los populismos serían la expresión. La globalización como proceso e ideología condujo a una proliferación de antagonismos alrededor de lo identitario, componente esencial de una de las principales tendencias de la fase actual del capitalismo: homogeneización/universalización, particularización/fragmentación.

En un primer momento, el populismo fue considerado por las ciencias sociales como un fenómeno político del siglo XIX, relacionado con la problemática de la transformación de la sociedad tradicional o rural en una sociedad moderna o industrial. Esta percepción del fenómeno populista se inscribía, por tanto, en una perspectiva teleológica de la historia en la que coincidía, por otra parte, la idea del progreso y las teorías del desarrollo y de la modernización. En el marco de esta interpretación positivista, la dimensión “antimoderna”, expresada en el supuesto rechazo del progreso en

nombre de la defensa de la tradición —y en particular de la tradición campesina— constituía una característica esencial del populismo. Según esta visión, el populismo sería un fenómeno propio de los períodos de transición entre economías tradicionales y la modernidad capitalista, y desaparecería naturalmente en la normalización del sistema institucional y económico. Estos regímenes “híbridos” serían solo etapas en la evolución hacia la democracia, tanto de origen como de ejercicio (el Estado de derecho y el contrapoder).

En América Latina, interpretaciones como las de G. Germani (1962, 1978), T. Di Tella (1965) y O. Ianni (1975) han limitado el fenómeno populista a una fase transitoria en la historia de los países que lo experimentan. Los pares dicotómicos “tradición-modernidad”, “Dictadura-democracia”, “izquierda-derecha” marcaron las interpretaciones. Así, según A. Touraine (1985, p. 165) el populismo es esa reacción, de tipo nacional, a una modernización dirigida desde el exterior; se trataría de un intento de control antielitista del cambio social. En Estados Unidos, los teóricos liberales de la modernización, R. Hofstadter, E. Shils, D. Bell y S. M. Lipset, participaron de la visión negativa del populismo.¹³

En el desorden global, asociados con el terrorismo, el tráfico de drogas, la corrupción y el antisemitismo, los populismos latinoamericanos expresarían la negación de la modernidad. Equivaldrían, en el mundo secular occidental, como los movimientos xenófobos que rechazan la globalización o la unificación de Europa, a lo que los fundamentalismos religiosos son en el mundo islámico. El populismo sería una expresión del repliegue identitario, la manifestación en la escena política de un llamamiento a un retorno a formas de unidad cultural ancladas en un pasado mítico.¹⁴ Para G. Hermet, las experiencias populistas aparecen como una reacción a la irrupción de una “modernidad multiforme” (Hermet, 1997, p. 46). Desde esta perspectiva, el llamado al “Pueblo” siempre terminaría resonando como un llamado al pueblo “nacional” identificado al pueblo “étnico” (Reynié, 2013, p. 39) y lo identitario primaria sobre lo protestatario (Taguieff, 1997; 2012). Ahora bien, en el caso latinoamericano, reivindicación identitaria y carácter protestatario van de la mano y no se diferencian como en otras experiencias denominadas “populistas”. En este sentido, la representación del conflicto permite subrayar el carácter protestatario, de las experiencias latinoamericanas. Estas poco tienen que ver con el etnicismo de los noventa o con las expresiones comunitarias, más

o menos supremacistas, emergentes frente a la inmigración de principios del siglo XXI. El nosotros como colectivo de identificación no evoca una noción de pueblo asociada a una idea «etnocultural», inclusive cuando se reivindican derechos para las poblaciones originarias.

Los populismos latinoamericanos forman parte de los movimientos críticos del liberalismo tanto económico como político o cultural, que en muchos casos rechazan el multiculturalismo y abogan por la superación de la dicotomía izquierda-derecha, promoviendo una nueva escisión a favor o en contra del “globalismo”. Sin embargo, difieren profundamente de los movimientos xenófobos, lo que no impide a analistas diversos colocarlos bajo la misma etiqueta. Su invocación a la nación y el soberanismo que expresan tienen más que ver con movimientos que por la izquierda se oponen al abandono de la soberanía nacional en el marco de la construcción europea, a partir de un nacionalismo “gaullista” más o menos socializante de inspiración jacobina, como es el caso en Francia de J. P. Chevenement y J. L. Melenchon.

En América latina, la reivindicación de la Nación populista se produce en un marco de reapropiación de soberanía, en sus dos dimensiones, nacional y popular, asociada a una concepción de “progreso” social que le corresponde a un cierto tipo de Estado promover: el intervencionista. El populismo contestatario latinoamericano, desde Cárdenas a Chávez, acentuó la idea de un Estado a la vez propietario natural y gestor legítimo de las riquezas nacionales. En la reivindicación del aspecto estatal y nacional de su planteamiento radica parte de su “arcaísmo” amenazante. La búsqueda de la recuperación del control de la economía por la política propia de los populismos latinoamericanos, evidenciaría un atraso incompatible con la “modernidad” de los principios de la globalización como proceso e ideología, donde las sociedades se ven, en cierta forma, despojadas de lo político en nombre de enfoques que privilegian la eficiencia, aplicados por sectores tecnocráticos y sometidos a los mecanismos reguladores del mercado.

A modo de conclusión

En el desorden global, asentado sobre una lógica incompatible con el ideal moderno de democracia “el” populismo es percibido como una amenaza. En el caso latinoamericano, no solo es designado como una oposición frontal, estructural y perenne, a una determinada idea de la República, es fundamentalmente un “Otro” amenazante de la racionalidad del mercado.

Su interpretación nos recuerda que una de las dificultades para comprender fenómenos políticos vinculados con las crisis de la democracia contemporánea radica en el hecho de asociarla con una determinada forma de lo político que suele reducirla a su definición procedimental escindida de las condiciones de vida de las poblaciones.

Reposando en la matriz liberal, la percepción negativa de los populismos contestatarios no es patrimonio exclusivo de los gobiernos estadounidenses ni de la historiografía que se les asocia. Está presente en las sociedades latinoamericanas y no puede ser reducida a los sectores que portan una visión conservadora de la vida social. A lo largo de América Latina, la acción de los movimientos críticos de los neopopulismos, ha tenido denominadores comunes: la reivindicación de la democracia representativa y la libertad individual, la movilización de la juventud, un importante nivel de organización, el uso de símbolos patrióticos, la construcción de un referente reconocido internacional, la *peopolisación* de la causa, la provocación del gobierno, la manipulación de la información y el recurso a las redes sociales. La importancia de estas no implica el colapso de la importancia del espacio público. Al contrario, los movimientos conservadores, a lo largo del continente, disputan la calle a los movimientos populares.

Ahora bien, si su percepción de los populismos contestatarios como una amenaza comparte la casi totalidad de los elementos constitutivos de las representaciones estadounidenses, se inscribe en una lógica propia a la historia regional dada por la existencia de una sociedad plebeya amenazante. Debe situarse en el marco de dicotomías, que desde el siglo XIX, dieron forma a las sociedades, posibles de resumir en la contradicción “Civilización o Barbarie”. Impulsando procesos de cambio que han llevado a la expansión del “demos”, los populismos fueron responsables de la emergencia de una línea productora de una alteridad política radical que movilizó representaciones atávicas de *Uno* y del *Otro*, lo que se llamó la “grieta” en Argentina. Los neo-populismos se enfrentaron, sin resolverlo, a desafíos tradicionales de los populismos latinoamericanos: ¿cómo manejar la tensión que genera el desarrollo de políticas que provocan cismas en la comunidad política? ¿Cómo no ser percibidos como partes de un juego a suma cero?

Notas

- ¹ Los títulos del libro del ex secretario del Partido Socialista de Francia, J-C. Cambadélis (2014) y del informe de *Human Rights Watch* de 2017 son ilustrativos.
- ² Ver los informes de *Freedom House* (2017), *Students for liberty* (2021) y *Libertad y Desarrollo* (2021).
- ³ Ver el artículo “La amenaza global del populismo” (*La Nación*, 2/5/ 2018).
- ⁴ Un ejemplo son las declaraciones del ex-vicecanciller argentino A. Cisneros (*Intratables*).
- ⁵ Sobre la percepción estadounidense ver M. Sullivan (2009).
- ⁶ El discurso de I. Ros-Lehtinen, republicana (Florida) es un ejemplo (*Youtube*).
- ⁷ Sobre esta idea y su relación con el mesianismo político y la revolución en el sentido establecido por el paradigma francés, ver J. Talmon (1960).
- ⁸ A. Lake (*International Herald Tribune* 24/9/1993); *The White House* (1994, 1995 y 1996).
- ⁹ Los trabajos de E. Fassin (2017) y P. Rosanvallon (2020) son un ejemplo.
- ¹⁰ Este tipo de interpretación aparece en los trabajos de G. Hermet.
- ¹¹ Las experiencias latinoamericanas se caracterizan por la retórica de la enemistad, apelaciones épicas al “Pueblo” y a la “Nación” y la implementación de una “nueva” historia oficial que aviva la confrontación. Si bien tiende a la exacerbación de posiciones binarias, sus representaciones políticas no implican necesariamente que la Nación y la sociedad estén inmersas en una guerra total donde los “enemigos” y los indefinidos no tienen derecho a existir. En la construcción de una frontera entre dos campos opuestos que dependiendo de la intensidad de las tensiones expresan bajo formas y discursos diferentes “opresores” y “oprimidos”, encontramos la clave de una relación antagónica que, aunque agonista, no deviene necesariamente militar. En el siglo XXI, los proyectos neo-populistas no terminaron, como en la Guerra Fría, en un modelo jacobino revolucionario basado en una lógica Amigo-Enemigo donde el pasaje al acto de la “lógica de la guerra” era irreversible.
- ¹² Sobre la lógica perniciosa de la polarización ver T. Carothers y A. O’Donohue (2019).
- ¹³ Sobre la imagen del populismo en la historiografía estadounidense ver A. Jäger (2017).
- ¹⁴ Como ejemplo ver los artículos de L. Zanatta en *La Nación* (Argentina) o la entrevista del 3/7/2021.

Referencias

- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la Democracia*. FCE.
- Carothers, T., y O’Donohue, A. (Eds.) (2019). *Democracies Divided: The Global Challenge of Political Polarization*. Brookings Institution Press.

- Di Tella, T. (1965). "Populismo y reforma en América Latina". *Desarrollo Económico*, 4(16), 391-425. <https://doi.org/10.2307/3465879>
- Dornbusch, R., y Edwards, S. (1991). *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago University Press.
- Ellwood, D. W. (1992). *Rebuilding Europe Western, Europe, America and Postwar Reconstruction*. Longman.
- Fassin, E. (2017). *Populisme : le grand ressentiment*. Éditions Textuel.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. The Free Press.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós.
- Germani, G. (1978). *Authoritarianism, Fascism and National Populism*. Transaction.
- Hermet, G. (1997). Populisme et nationalisme. *Vingtième siècle*, 56, 34-47. <https://www.cairn.info/revue--1997-4-page-34.htm>. Hermet, G. (2001). *Les populismes dans le monde*. Fayard.
- Ianni, O. (1975). *La formación del Estado populista en América Latina*. Era.
- Jäger, A. (2017). The semantic drift: Images of populism in post-war American historiography and their relevance for (European) political science. *Constellations*, 24(3), 310-323. <https://doi.org/10.1111/1467-8675.12308>
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. FCE.
- López Maya, M., y Panzarelli, D. (2011). Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano. *RECSO*, 2, 39-61.
- Manero, E. (2010). Amérique latine, des gauches qui bifurquent? *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.59959>
- Manero, E. (2014). *Nacionalismo(s), Política y Guerras en la Argentina plebeya (1945-1989)*. UNSAM Edita.
- Manero, E. (2019). Populismo(s), una lectura plural y compleja. *Historiografía de un concepto infame. DeSignis*, 31, 14-45. <http://dx.doi.org/10.35659/designis.i30p15-45>
- Manero, E. (2020). *Sécurité et désordre global. Les Amériques : un terrain d' experimentation*. Editions Hispaniques.
- Mounk, Y. (2018). *The people vs. democracy. Why our freedom is in danger and how to save it*. Harvard University Press.

- Müller, J.-W. (2016). *Qu'est-ce que le populisme ? Définir enfin la menace*. Éd. Premier parallèle.
- Reynié, D. (2013). *Les nouveaux populismes*. Fayard/Pluriel.
- Rosanvallon, P. (2020). *Le siècle du populisme : histoire, théorie, critique*. Seuil.
- Rouquié, A. (2016). *Le Siècle de Perón : essai sur les démocraties hégémoniques*. Seuil.
- Schmitt, C. (2012). *Le Nomos de la terre*. PUF.
- Taguieff, P.-A. (1997). Le populisme et la science politique du mirage conceptuel aux vrais problèmes. *Vingtième siècle*, 56, 4-33.
<https://www.cairn.info/revue--1997-4-page-4.htm>.
- Taguieff, P.-A. (2012). *Le nouveau national-populisme*. Éditions CNRS.
- Talmon, J.-L. (1960). *Mesianismo político: la etapa romántica*. Aguilar.
- Touraine, A. (1985). *La Parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*. Ed. O. Jacob.
- Weyland, K. (1996). "Neopopulism and neoliberalism in Latin America", *Studies in Comparative International Development*, vol. 31, (3), 1996.
- Zuquete, J. (2008). The Missionary politics of Hugo Chavez. *Latin American Politics and Society*, 50(1), 91-121. <https://www.jstor.org/stable/30130840>

Fuentes primarias

- Cambadélis, J.-C. (2014). *L'Europe sous la menace national-populiste*. L'Archipel.
- Cisneros, A. (16 de marzo de 2022). Intratables. *América TV*.
<https://www.youtube.com/watch?v=mgh0lY8mOUs>
- Craddock, B. (2005). Posture Statement, US Army Commander US Southern Command before 109th Congress Senate Armed Services Committee.
https://adamisacson.com/files/old_cip_colombia/050309crad.pdf
- Human Rights Watch. (2017). El peligroso avance del populismo.
<https://www.hrw.org/es/world-report/2017/country-chapters/298722>
- Freedom House. (2017). Populistas y autócratas: la doble amenaza para la democracia. <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2017>
- Hill, J. T. (2004). Testimony, United States Army Commander, United States Southern Command, Before The House Armed Services, Committee, United States House of Representatives.
https://adamisacson.com/files/old_cip_colombia/040324hill.htm

- Libertad y desarrollo. (2021). Populismo: amenaza a la democracia liberal. *Temas Públicos*, 1500-2. <https://lyd.org/wp-content/uploads/2021/06/TP-1500-POPULISMOS.pdf>
- Perón, J. (1972). *Los vendepatrias. Las pruebas de una traición*. Freeland.
- Ropp, S. C. (2005). *The Strategic Implications of the Rise of Populism in Europe and South America*. Carlisle, PA, U.S. Army War College Strategic Studies Institute. <http://www.hacer.org/pdf/Populism2.pdf>
- Ros-Lehtinen, I. (2018). La congresista Ileana Ros-Lehtinen condena a Evo Morales por aferrarse al poder [video]. <https://www.youtube.com/watch?v=Q7eVQgzoKok>.
- Students for Liberty. (2021). Populismo como amenaza a la democracia. <https://studentsforliberty.org/eslibertad/blog/populismo-como-amenaza-a-la-democracia/>
- Sullivan, M. P. (2009). Venezuela: Political Conditions and U.S. Policy. Congressional research service. <https://fas.org/sgp/crs/row/RL32488.pdf>
- The White House. (julio de 1994, febrero de 1995 y febrero de 1996). *A National Security Strategy Engagement and Enlargement*. <https://history.defense.gov/Historical-Sources/National-Security-Strategy/>.
- The White House. (2015). *Executive Order Blocking Property and Suspending Entry of Certain Persons Contributing to the Situation in Venezuela*. <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/03/09/executive-orderblocking-property-and-suspending-entry-certain-persons-c>
- Vargas Llosa, A. (2017). *El estallido del populismo*. Planeta.
- Zanatta, L. (3 de julio del 2021). Entrevista. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/ideas/loris-zanatta-el-populismo-es-la-forma-contemporanea-de-la-guerra-de-religiones-nid03072021/>

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022

ISSN 0719-983X

Polarización, democracia y populismo(s): propuestas de análisis

Claudio Riveros y Alejandro Pelfini

La razón democrática del populismo. Antagonismo, heterogeneidad y populismo posliberal

Marcelo Nazareno

Populism versus Parliamentarism: Towards Non-Antagonistic Forms of Democratic Politics

Uros Ugarkovic

El antagonismo, perfecto *partenaire* del populismo

Graciela Ferrás

La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento

Gastón Souroujon

Del populismo como amenaza a la amenaza populista, crónicas de un destino anunciado. Diálogos necesarios entre la teoría política y la socio-historia

Edgardo Manero

Populismo y polarización política en la Región Andina. Entre los líderes y la demanda populista

Sebastián Umpierrez de Reguero, Ingrid Ríos, Eduardo Herrera y Santiago González

Democracia, república y populismo en la Argentina reciente a la luz del debate intelectual (1983-2015)

Sabrina Morán

Sin agonismo no hay paraíso: Polarización y populismo en el proceso constituyente chileno

Cristóbal Bellolio Badiola

Masivo y antielitario: el estallido social chileno como momento populista

Nicolás Selamé

¿Hay un futuro político para el “postfascismo”? Presentación de Corcuff, P. (2021). *La grande confusion. Comment l’extrême droite gagne la bataille des idées*

Philippe Corcuff

Posturas e imposturas en torno a un concepto negativo de democracia. Reseña de Friz, C. (2021). *El exceso de la democracia*

Cristóbal Balbontín-Gallo y María B. Gutiérrez Recabarren

Reseña de Salmorán, G. (2021). *Populismo. Historia y geografía de un concepto*

Karina Gómez Cantillana